

LOS LOBOS DE LA LUNA

FRANK QUASAR

© Frank Quasar 2007
Todos los derechos reservados

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación del texto sin autorización expresa del titular de la propiedad intelectual.
La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito.

PUEDES IMPRIMIRLO SI PREFIERES LEER SOBRE PAPEL

Recomendamos seleccionar en la impresora la opción
IMPRIMIR 2 PÁGINAS POR HOJA
con el objeto de ahorrar papel y ver el texto en el mismo formato que la novela original.

CAPÍTULO 5

EL ATAQUE DEL CALLEJÓN

5

La bestia se deslizó entre las sombras del callejón como un fantasma, saboreando el placer de la libertad después de su largo y prolongado encierro. Durante mucho tiempo había estado prisionero, atrapado, enjaulado en un lugar pequeño, frío, oscuro... Pero ahora, era libre por fin.

Libre para matar.

Se asomó por la esquina del callejón. La calle estaba desierta. Ni una sola de las farolas que quedaban en pie funcionaba. Corrió por la avenida al amparo de la oscuridad de la noche, alejándose de la puerta por donde había salido.

Ágil, poderoso, resistente, recorrió la ciudad dormida sin encontrar presa alguna. Moviéndose siempre por las sombras, se encaramó a una escalera de incendios y ascendió silenciosamente. Más arriba se oían voces.

—¡Cierra esa maldita ventana, joder!

—¡Ciérrala tú! ¡No se puede dormir con este calor!

La bestia sintió resbalar la baba entre sus abiertas fauces. Avanzó por la estrecha pasarela metálica, acercándose lentamente a la ventana de donde salían los gritos.

—¿Quieres acabar como los del tercero? Prefiero sudar a que me claven una navaja.

—¡Oh, vale! ¡Ya cierro, pesao!

Con un golpe seco la gruesa persiana de madera golpeó el alfeizar a pocos centímetros del morro de la bestia. Después siguió el clic de la cerradura de la ventana y las voces dejaron de oírse.

La bestia acarició con sus afiladas garras la persiana. Aquel frágil obstáculo no significaba nada para sus potentes músculos accionados por unos tendones tan duros como el acero. Sin embargo, no destrozó la ventana para entrar. Algo en el fondo de su diminuto y brutal cerebro se lo impedía:

El hombre.

El hombre había dicho:

NADIE DEBE VERTE.

Tenía que obedecer. No podía resistirse a las órdenes del hombre, eso era imposible.

En contra de todos sus instintos, se apartó de la ventana y se alejó de allí. Saltó al inmueble contiguo y alcanzó la azotea. La luna llena bañaba con su luz lechosa los cubiertas de los edificios, brillantes a causa de la lluvia caída. La ciudad era suya. Brincó de un tejado a otro hasta que encontró una puerta abierta por la que introducirse. Descendió por la escalera y recorrió el pasillo del último piso, deteniéndose a husmear en cada puerta.

Detrás de una de ellas empezó a ladrar un mastín en tono desafiante, a lo que respondió con un gruñido amenazador. El perro ladró aún más fuerte y pronto se unieron a él los demás canes del inmueble y las voces furiosas de varios vecinos.

—¿Quién anda ahí?

—¡Calla, Matador! ¡Cállate!

—¡Iros, cabrones, tengo una escopeta!

La puerta de la vivienda se abrió, proyectando sobre la pared del pasillo la sombra de un hombre que sujetaba la correa de un gran mastín. La bestia estaba a poco más de diez metros, agazapada en las sombras. El dueño del piso miró a derecha e izquierda sin lograr verle, pero el perro podía oler su presencia y tiraba del collar con todas sus fuerzas, pugnando por atacar.

—¿Qué hueles, Matador? ¿Un gato? ¡Anda con él! —dijo el dueño soltándolo. El mastín se lanzó como una flecha hacia la oscuridad gruñendo ferozmente.

La bestia se limitó a dar un zarpazo. Un chorro de sangre golpeó la pared dibujando un fantástico cometa escarlata. La cabeza del perro rodó por el pasillo y atravesó la puerta abierta, colándose entre las piernas de su espantado dueño.

—¡Matador! ¡Oh, Dios, Dios...!

La puerta se cerró de inmediato. La bestia hundió sus fauces en el cuerpo del perro y se alimentó vorazmente, esparciendo despojos por el corredor. El sabor de la carne del mastín no satisfizo sus deseos ni sus ansias de matar. Enfurecido y excitado por el olor de la sangre, expresó su ira con un desafiante rugido que resonó en todo el edificio y acalló de golpe el coro de ladridos y protestas. En medio de un silencio mortal, bajó por la escalera y salió de nuevo a la calle a través del ventanuco abierto de una carbonera.

Fuera volvía a llover. El agua caía a plomo, como una cortina de lágrimas, llanto de algún dios compasivo por una ciudad corrupta y despiadada que no lo merecía. Al avance de la bestia, los charcos que pisaba se iban tiñendo de escarlata.

El incidente no había hecho sino acrecentar su apetito. Atravesó varios patios interiores, llenos de escombros y porquería, y alcanzó un estrecho callejón en forma de ele. Dos potentes focos bailaron sobre las desconchadas paredes de ladrillo, precediendo al ronroneo de un motor de gran cilindrada. Escondida entre las sombras, la bestia observó cómo el automóvil doblaba la curva, estacionaba en la parte más oscura de la callejuela al abrigo de miradas indiscretas y apagaba las luces y el motor.

De un salto descendió hasta el suelo. Lentamente, permaneciendo siempre pegado a la pared, se acercó al deportivo...

Francine “París” nunca había sido una chica muy lista... en ningún sentido. Pero de todas las tonterías que le había dado tiempo de cometer en tan solo diecisiete años, la más estúpida de todas fue enamorarse de Tony *el Grande*, un chulo de tres al cuarto, que le había dado su primera dosis de polvo de plata a los catorce, invitándola a continuación a prostituirse para pagarse las siguientes, incluyendo las de él.

Ahora Francine era una ruina humana, en cuyas facciones, chupadas y marchitas, parecía reflejarse su especialidad en el amor de pago, lo único que había aprendido en las calles. La mano llena de anillos de Tony le sujetaba la rubia cabeza mientras se afanaba en complacer a su hombre.

—Así... muy bien, nena. Me *pone* que me lo hagas en este callejón sucio y asqueroso.

A Francine le daba miedo permanecer en un sitio como aquel, pero no podía decirlo porque tenía la boca ocupada, de modo que siguió con lo suyo mientras su mente vagaba muy lejos de allí y de lo que estaba haciendo.

De pronto, escuchó un gruñido sordo junto a la puerta de su lado y levantó la cabeza asustada.

—Oh, mierda. ¿Quién te ha dicho que pares? —protestó Tony tirándole del pelo con fuerza—. Venga, sigue.

—He oído algo —susurró la adolescente temblando de miedo—. Hay alguien ahí fuera.

—Te lo has imaginado, nena. Vamos, termina...

Un golpe en la zona del capó hizo callar a Tony. En el silencio que siguió, el único sonido que se escuchó dentro del vehículo fue el repiqueteo de la lluvia. Los cristales estaban tan empañados que era imposible ver nada fuera.

—¿Quién anda ahí? —gritó Tony. Un apagado gruñido proveniente de la parte delantera del deportivo fue toda la respuesta que llegó desde las sombras del callejón.

Francine empezó a abrocharse la blusa con manos temblorosas, intentando inútilmente soltar su cabello de la mano inmisericorde del chulo.

—Tengo miedo, Tony. ¡Vámonos de aquí!

—¡Joder, odio quedarme a medias! Sólo es un puto perro...

Los ruidos provenientes del exterior aumentaron en intensidad y, súbitamente, por encima del rumor de la lluvia pudo oírse con claridad el inconfundible siseo de un líquido a presión golpeando contra el neumático.

—¡Mecagoen...! —maldijo Tony, lívido de ira—. ¡Ese maldito hijoputa se está meando en mis flamantes ruedas nuevas!

Fuera de sí, Tony se abrochó el pantalón y agarró la barra de hierro que llevaba debajo del asiento. Su mano izquierda se dirigió hacia la manecilla de la puerta.

—¡No! —chilló Francine, sujetándole por el otro brazo—. ¡¡No salgas!!

—¡Yo le enseñaré a ese puto perro...!

La mano de Tony accionó la cerradura.

Y entonces...

La puerta se abrió de golpe dando paso a la lluvia y a un horror tal que la ronca voz de Tony *el Grande* se convirtió en un patético gorjeo. La barra de hierro golpeó el suelo con sonido metálico. Con los ojos desorbitados, el chulo reculó de espaldas hacia el asiento contiguo, aplastando bajo su corpachón a Francine, buscando a ciegas la manecilla de la otra puerta en un desesperado e inútil intento por escapar a su destino.

En el momento en que la encontraba y lograba accionarla, la pesadilla de garras y colmillos que aguardaba fuera se abalanzó sobre él con un rugido. Hubo un movimiento veloz, un chorro de sangre estalló contra el parabrisas y Francine se encontró de pronto en el callejón sentada en medio de un charco.

Se levantó confusa, mirando sin ver hacia el coche del que había salido despedida. El deportivo rojo saltaba sobre su suspensión y a través de las abiertas puertas llegaban espantosos y ate-

rradores alaridos. Asustada, se aferró con más fuerza todavía al brazo de Tony mientras la lluvia empapaba sus ropas y su pelo.

El brazo de Tony.

Pero Tony no estaba allí... sino gritando, dentro del coche.

La verdad penetró en su cerebro como un hierro al rojo. Con un chillido de horror dejó caer la mutilada y sangrienta extremidad y corrió enloquecidamente.

Un muro de piedra cerraba el sucio patio trasero en el que desembocaba el pasadizo. Una verja metálica de dos metros de altura protegía una estrecha franja alrededor de la puerta trasera de un edificio donde había varios cubos y contenedores de basura. Por encima de la zona acotada había una escalera de incendios cuyo último tramo quedaba a poco más de tres metros sobre el suelo, pero Francine ni siquiera la vio.

El callejón no tenía salida.

Se estrelló ciegamente contra la valla, pidiendo ayuda a gritos entre histéricos gimoteos e hipidos.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Nadie respondió. Ninguna luz se encendió en las ventanas que daban al patio. De pronto, la lluvia dejó de caer tan súbitamente como si alguien hubiera cerrado un grifo y se hizo el silencio.

Sólo se oía era la respiración de Francine, el ocasional ¡plich! de alguna gota sobre un charco... y el silencioso rumor de *algo* que rozaba el suelo al avanzar.

Francine se dio la vuelta lentamente, sintiendo una presencia detrás de ella.

El callejón estaba muy oscuro. La única luz que lo iluminaba provenía de la luna llena que brillaba en el cielo nocturno por encima de los edificios, proyectando ominosas sombras sobre las paredes. Escuchó una especie de ronroneo proveniente de las tinieblas que la rodeaban y apretó la espalda contra la valla hasta hacerse daño. *Algo* se movía hacia ella manteniéndose pegado a la tapia, lejos del alcance de la luz lunar.

El espanto le dio fuerzas. Se giró y trepó por la alambrada con la desesperación del que lucha por su vida. Los dedos se le despellejaron, se desgarró la ropa y la piel, pero logró pasar al otro lado. Mientras descendía, un cuerpo impactó con la reja metálica y la arrojó contra los contenedores.

Aterrada, pataleó en el suelo, arrastrándose sobre el culo y las manos hacia atrás, buscando refugio entre la basura, con los ojos fijos en la temblorosa alambrada metálica. El golpe la había

combado como si fuera de papel. Sin embargo, de la oscuridad no llegó el previsible segundo ataque que sin duda la habría derribado, sino un lastimero gemido de dolor.

El animal que la acosaba se había hecho daño.

Una esperanza salvaje bañó en lágrimas el rostro de Francine mientras su cuerpo se estremecía entre sollozos.

—No puede... ¡No puede atravesarla!

Pero entonces oyó un sonido metálico sobre ella y, al levantar la cabeza, pudo ver a la bestia encaramada en la escalera de incendios, avanzando hasta superar el obstáculo de la valla, preparándose para atacar...

El grito murió en su garganta.

Desde la azotea del edificio, feroz y brutal, con la sangre de Francine y Tony corriendo aún fresca entre sus fauces, recortada contra la luna llena, la bestia proclamó su poder con un largo y sonoro aullido que pudo oírse en toda la ciudad.

Ningún perro osó responder al desafiante sonido.

Los gatos y otros animales domésticos corrieron a esconderse presa del pánico. Hasta los animales más feroces del Zoo agacharon las orejas y buscaron refugio al fondo de sus jaulas.

Poco a poco, un coro de gemidos, aullidos y otros sonidos de sumisión se alzó por doquier y recorrió las calles como una marea.

Todos los animales rendían pleitesía a su nuevo amo.

Ciudad de la Bahía pertenecía a la bestia.